



ROBERT W. MCGEE

— UNA HISTORIA DE JUSTICIA POR MANO PROPIA —
(Un thriller con Annie Chan)

ANNIE

Y EL SENADOR

Traducido del inglés por Jimena Carbonaro

**ANNIE Y EL SENADOR:
Una historia de justicia por mano propia
(Un thriller con Annie Chan)**

Robert W. McGee

Título original:
ANNIE AND THE SENATOR: A Story of Vigilante Justice
Traducido por Jimena Carla Carbonaro
Copyright © 2015 Robert W. McGee
Todos los derechos reservados.

Este es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o son usados ficticiamente. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, sucesos o locaciones es pura coincidencia.

1. Annie Chan

Annie Chan, mitad china, mitad tailandesa, creció en las calles de Bangkok. Su madre bailaba en la barra de un bar de striptease en Patpong, una de las tres zonas rojas de Bangkok. La presencia de su padre había sido casi inexistente cuando era pequeña. Había desaparecido cuando Annie tenía ocho años.

Las jóvenes con un pasado como ese no tenían demasiado futuro. Pero Annie se negó a aceptar su destino. Había aprendido a hablar inglés gracias a los donjuanes que conocía en los bares y trabajó un tiempo para un exclusivo servicio de damas de compañía. Atraía muchos clientes.

El dueño estaba tan impresionado con sus habilidades de seducción que la había enviado a trabajar a su negocio de Hong Kong.

Allí fue donde conoció a Jack Flynn, un estadounidense, vicepresidente de uno de los bancos de Hong Kong. Jack se enamoró de ella casi de inmediato. No podía soportar que estuviese con otros hombres cuando no estaba con él, de modo que llegaron a un acuerdo de exclusividad. Era costoso, pero Jack creía que Annie lo valía.

Inevitablemente, su esposa se enteró de ella. Jack debía tomar una decisión. Mantener la relación con Annie y gastar millones de dólares en un acuerdo de divorcio o dejar de verla y conservar su dinero.

Annie era lo suficientemente joven como para ser su hija, de modo que cambiaron los roles. Jack se convirtió en su padre sustituto y mentor. Por insistencia de Jack, obtuvo el diploma del sistema de Desarrollo Educativo General estadounidense, que le permitiría solicitar el ingreso a universidades en Estados Unidos. Solicitó el ingreso a la Escuela de Negocios Wharton de la Universidad de Pensilvania y la aceptaron. El hecho de que Jack fuese ex alumno de Wharton no podía perjudicarla.

Annie se graduó tres años más tarde con especialización en contabilidad y finanzas. Se certificó como Contadora Pública y como Analista Financiera mientras realizaba su posgrado en administración en Harvard. Jack utilizó algunos de sus contactos y le consiguió un trabajo en la sucursal de Nueva York de su banco. Después de algunos años de ascender rápidamente por la escalera corporativa, un banco de Miami le hizo una propuesta que no pudo rechazar: ocupar el puesto de presidenta.

2. Tom Garrett

“Cuando advierta que para producir necesita obtener autorización de quienes no producen nada; cuando compruebe que el dinero fluye hacia quienes no negocian con bienes, sino con favores; cuando perciba que muchos se hacen ricos por el soborno y por influencias más que por el trabajo, y que las leyes no lo protegen de ellos, sino que, por el contrario, son ellos los que están protegidos de usted; cuando repare que la corrupción es recompensada y la honradez se convierte en un sacrificio, entonces sabrá que su sociedad está condenada.”

Ayn Rand

Tom Garret había representado a Florida en el Senado de Estados Unidos durante más de veinte años; lo suficiente para contar con la jerarquía necesaria para presidir muchos comités importantes. La antigüedad trae aparejado el poder, pero incluso muchos senadores sin demasiada antigüedad tienen cierto poder. En ocasiones, abusan de él. El senador Garrett comenzó a abusar de él durante su primer período.

Annie Chan, quien se había convertido en presidente de uno de los diez bancos más importantes de Estados Unidos, se encontraba en la oficina del senador Garrett en Washington, escuchándolo alardear sobre lo importante que era. El banco donde Annie trabajaba quería abrir decenas de sucursales en Florida y en Georgia. Obtener los permisos les costaría miles de millones de dólares. Garrett estaba utilizando sus influencias como presidente del Comité Bancario del Senado para frenar el proceso de aprobación. Annie necesitaba convencerlo para que cambiase de opinión. No era su primera visita.

—Annie, en verdad creo que debes prestar atención. Si quieres que te ayude, debes ayudarme. No creo que un millón de dólares en una maleta esté muy alejado de lo que puedas conseguir. Después de todo, manejas un maldito banco. Además, te he estado investigando. Sé sobre Jack Flynn y tu pasado en Hong Kong. ¿Qué crees que pensará la junta de directores de tu banco si también se entera de eso?

Sus palabras fueron tan duras como un golpe en la cara. *¿Cómo es posible que sepa sobre Jack?* Hizo lo posible por mantener la calma. Nunca antes había querido matar a nadie, ni siquiera a su proxeneta de Bangkok, quien la había explotado sin compasión. Pero en ese momento, quería asesinar al senador Garrett con todo su ser.

—Lo siento, Senador. Simplemente no puedo hacerlo. Sería demasiado arriesgado. No puedo ir a la bóveda y tomarlo. Debería involucrar a otras personas. No sé en quién pueda confiar. Cualquiera podría delatarme. Además, los auditores podrían darse cuenta. Tenemos controles internos muy buenos.

—Bueno, lamento que no puedas hacerlo, Annie. —Tomó la lapicera y garabateó algo en un papel.

—Quizá alguno de tus competidores esté interesado en expandirse dentro de la Florida. Sabes que es un estado muy grande. Piénsalo. Y piensa en lo que podría hacer la junta de directores si supiese sobre tu pasado. Quizá cambies de opinión.

—Garrett le dio una pitada a su cigarro, luego lo colocó en el cenicero. Por el olor, parecía ser de una marca muy costosa. Fumar dentro de la oficina estaba prohibido en todo el país, pero no en esa oficina. Los senadores no tenían que respetar las leyes como el resto de los ciudadanos.

Garrett la miró con una expresión perversa en el rostro mientras le entregaba el papel.

—Esta es la dirección de mi casa en Washington. En caso de que alguna vez quieras visitarme. A mi esposa no le agrada esta ciudad, es por ello que siempre se queda en Florida.

Annie sabía cuáles eran sus intenciones. No se trataba sólo de una maleta llena de dinero. Tomó el papel y lo guardó en su bolso. Garrett se levantó y la acompañó hasta la puerta de entrada.

Cuando pasó junto al escritorio de la recepción mientras regresaba a su oficina, dijo:
—Betty, por favor, dile a Ken que quiero verlo. —Ken Tolleson era la mano derecha del senador Garrett. Su tarea principal era asegurarse de que los planes se concreten. Era muy bueno en eso.

Ken entró unos minutos más tarde.

—Ken, cierra la puerta y siéntate.

—Annie Chan no está cooperando —continuó Garrett—. Necesitamos convencerla para que cambie de idea.

—Supongo que tienes un plan de incentivo que quieres que le ofrezca, ¿no es así?

—Sí, en realidad sí, pero no directamente a ella. Sale del país dos o tres veces por mes por negocios del banco. Está negociando una gran fusión en Europa Occidental. Tiene que ir y venir. Quiero que te encargues de que revoquen su pasaporte.

—Oh, ¿cómo puedo hacer eso sin llamar la atención del Departamento de Estado?

—Es sencillo. No tienes que pasar por el Departamento de Estado. Agregamos sin que lo advirtiesen una disposición dentro de un proyecto de ley cualquiera que permite al Servicio de Impuestos Internos revocar un pasaporte si alguien se ve involucrado en un conflicto impositivo. Llama a nuestro contacto en el SII y diles que inicien un conflicto impositivo con ella. Asegúrate de que revoquen su pasaporte como parte del problema. Hazlo hoy. Quiero poner en marcha el plan... y diles que no le notifiquen nada. Ni el conflicto impositivo. Ni la revocación del pasaporte. Dejemos que se entere la próxima vez que vaya al aeropuerto. Será una linda sorpresa.

Ken sonrió.

—De seguro lo será.

—Después de que suceda, llámala para asegurarte de que sepa quién tiró de la cuerda y qué debe hacer para que todo regrese a su lugar. También podrías decirle que estamos siendo amables con ella. Podríamos haber esperado a que estuviese fuera del país para revocar su pasaporte. Si hubiésemos hecho eso, no podría regresar. Si presenta el caso ante la justicia, le llevará años resolverlo. El banco la despedirá mucho antes que ello suceda porque no podrá hacer su trabajo. Aclárale eso.

El senador se sentó de nuevo en su cómoda silla de cuero negro, le dio una pitada al cigarro. Él y Ken sonrieron.

—Me encargaré. —Cuando se levantó de la silla, le levantó el pulgar al senador, se volvió y se marchó. El hecho de que la ley de pasaportes privaba a los ciudadanos del derecho de viajar sin el debido proceso no parecía desconcertar a ninguno de los dos. Tampoco el abuso de poder. Sólo veían las leyes como una herramienta para obtener lo que ellos querían.

3. En el aeropuerto

“La injusticia en cualquier lugar es una amenaza a la justicia en todas partes.”

Martin Luther King

“Enséñale a tus hijos sobre impuestos, quítales el 30% de sus helados.”

Desconocido

Fue el supervisor en el mostrador de American Airlines en el Aeropuerto Internacional de Miami quien le dio a Annie las malas noticias. Cuando Annie intentó realizar el check in de su vuelo a Bruselas, apareció un aviso en la computadora informándole que su pasaporte había sido revocado por el Servicio de Impuestos Internos y que debía ser confiscado.

—Lo siento, señorita Chan. Su pasaporte ha sido revocado. Me han dado instrucciones de no devolvérselo.

Annie quedó boquiabierta cuando lo escuchó.

—No puede ser. Debe de haber algún error. ¿La computadora dice por qué lo revocaron o quién lo hizo?

—Sólo dice que el Servicio de Impuestos Internos lo revocó por un conflicto impositivo. El aviso no dice que debemos detenerla. Es libre de irse. Debería hablar con el SII para resolver el problema. Lo siento, pero no podrá subir hoy al avión con destino a Bruselas.

Annie estaba furiosa y preocupada a la vez. Furiosa porque el SII estaba abusando de su poder y preocupada por las consecuencias de no subir al avión. No presentarse a la reunión en Bruselas podría ser desastroso para el plan de fusión. Podía enviar a uno de sus vicepresidentes senior, pero no sería lo mismo. El banco debía enviar al mejor; o a la mejor en este caso. Enviar a alguien de menor jerarquía en el escalón corporativo enviaría un mensaje equivocado y podría debilitar enormemente la posición de negociación del banco.

Si se corría la voz de que el pasaporte de la presidente del banco había sido revocado, ello preocuparía a Wall Street. Los auditores de la Securities and Exchange Commission y del Banco de la Reserva Federal pelearían para ver quién llevaría a cabo la auditoría al banco, que de seguro se llevaría a cabo. El precio de las acciones del banco caería. Las conversaciones sobre la fusión podrían cancelarse. La presionarían para que renunciase. No podía dejar que eso sucediera, pero no sabía qué hacer.

Comenzó a sudar, a pesar de que el aire acondicionado del aeropuerto hacía que el lugar estuviese demasiado frío. Se secó la transpiración de la frente y se limpió la mano en la costosa chaqueta de su traje. La terminal estaba repleta de gente y había demasiado ruido, pero no podía escuchar nada. Estaba demasiado ocupada pensando en lo que acababa de ocurrir y en qué podía hacer al respecto.

Como recurso provisorio, tomó el celular y llamó a Nick Botten, el vicepresidente senior que mejor conocía las negociaciones de la fusión.

—Nick, soy Annie. ¿Tienes tu pasaporte contigo?

—No, no lo llevo conmigo. Está en casa. ¿Por qué preguntas?

—Tuve un problema en el aeropuerto. No me dejarán subir al avión. Algún tipo de problema técnico. Tienes que ir a la reunión de Bruselas en mi lugar. Reserva el próximo vuelo, ve a casa, busca tu pasaporte y trae tu trasero al aeropuerto. Llámame en cuanto tengas tu pasaporte y te contaré sobre la estrategia que planeaba utilizar en la reunión.

—¿Qué debo decirle a la gente de Bruselas? Se preguntarán por qué no fue la presidente.

—No sé qué les diremos. Pensaremos en algo. Podemos hablar de eso después.

—Está bien. Reservaré un vuelo y buscaré mi pasaporte.

—Que tu secretaria te reserve el maldito vuelo. No tenemos tiempo que perder. Si no

buscas tu pasaporte y te subes a un avión en las próximas horas, tendrás que esperar a mañana y entonces será muy tarde.

—Está bien. Te llamaré en cuanto tenga mi pasaporte.

Annie estaba preocupada. No quería pensar en los problemas que le traería no tener su pasaporte. No sabía cómo resolver el problema. Ni siquiera sabía que el SII la estaba investigando o que tenía un problema impositivo. Alguien en el departamento contable del banco siempre presentaba su declaración impositiva por ella como cortesía. Si alguien se había equivocado, pagaría las consecuencias, pero en ese momento, esa era la menor de sus preocupaciones.

No sabía cuál debía ser su próximo movimiento. Sabía que contactar al SII era una prioridad, pero llamar al número directo probablemente la llevaría a una historia interminable. No sabía con quién hablar y era probable que quien la atendiese tampoco lo supiera. Hacía años que no tenía que lidiar con esa porquería administrativa de bajo nivel. Lo bueno de ser presidente era poder delegar esos detalles a subordinados. Decidió hacer eso.

Tomó el celular para llamar al vicepresidente encargado de asuntos impositivos, pero antes de que pudiese oprimir algún botón, su celular sonó. Observó la pantalla. Era Ken Tolleson.

—Hola, ¿señorita Chan? Soy Ken Tolleson, el asistente administrativo del senador Garrett.

—Sé quién eres. ¿Qué quieres? —La voz de Annie fue algo más que hostil. Quería estrangular a alguien, pero no sabía a quién. Quizá Tolleson era una buena primera opción, seguido por el estimado Senador. Desafortunadamente, los dos estaban fuera de su alcance en ese momento.

—El Senador se enteró de que tiene un problema impositivo. Le gustaría ayudarla.

Hijo de perra, pensó Annie. Entonces comprendió. Ahora sabía quién estaba causando el problema.

—Oh, ¿se enteró? Es interesante porque yo no sabía que tenía un problema impositivo hasta hace unos minutos.

—Bueno, como usted sabe, señorita Chan, es una de las personas preferidas del Senador y quiere asegurarse de que se encuentre bien.

—Dile al Senador que aprecio su preocupación.

—Me aseguraré de transmitirle el mensaje. Por cierto, el Senador tiene un mensaje para usted.

—¿Sí? ¿Cuál?

—El Senador sugiere que vaya a Washington en algún momento de la semana entrante, cuando le sea conveniente. No podrá recibirla porque está muy ocupado, pero sugirió que yo me reuniese con usted para recibirla en la ciudad.

—Que considerado de su parte. ¿Me recogerás en el aeropuerto?

—No, no será necesario porque no llegará en avión. El Senador cree que llevar una maleta llena de papeles con fotografías de Ben Franklin sería difícil de explicar a la TSA en caso de que decidan revisar su equipaje. —Se refería a los billetes de cien dólares. —Quizá Amtrak sea una buena alternativa. Puede tomarlo en Penn Station en Nueva York. Es un viaje agradable.

—Sí, de seguro lo es.

—Bien. ¿Entonces estamos de acuerdo?

Annie hizo una pausa antes de responder.

—Sí. —No tenía muchas opciones. Si no accedía, su carrera estaría arruinada. Al banco también le convenía cooperar. No sabía cómo obtendría un millón de dólares en efectivo, pero encontraría la manera. Debía hacerlo. —Te llamaré cuando tenga mi pasaje.

—Perfecto. Hasta luego.

4. Los preparativos para el viaje

Annie decidió no regresar a la oficina, de modo que se dirigió a su casa. Tan pronto como cerró la puerta, se sirvió una bebida fuerte. No acostumbraba beber. No le gustaba perder el control. Pero ese día era diferente. Las calles de Bangkok y los burdeles de Hong Kong le habían enseñado mucho, pero nunca se había encontrado en una situación como esa.

No tenía demasiadas opciones. Lo más seguro sería rechazar la propuesta del trato multimillonario, pero en el fondo sabía que esa no era una opción. Además, no podía pasar por alto lo que había ocurrido en Hong Kong con Jack. Rechazar la propuesta del senador Garrett no resolvería el problema. Con tan solo uno o dos llamados telefónicos el senador podía arruinar la carrera que tanto le había costado construir.

Podía conseguir que el senador Garrett aceptara el trato si encontraba el modo de llevarse un millón de dólares del banco. Los controles internos del banco eran buenos, pero no perfectos. Se habían encontrado algunos puntos débiles en la última auditoría. Realizó un repaso mental de ellos y se le ocurrió que podía utilizar alguno para retirar el dinero del banco sin que nadie lo advirtiese.

La tercera opción era simplemente asesinar al bastardo y negociar con su sucesor. Esa era la mejor solución desde el punto de vista emocional, pero su cabeza le decía que debía optar por la segunda opción. Pagarle y quitarse el problema de encima. Se preguntaba si pagarle pondría fin al problema. Pocas veces la extorsión funcionaba de esa manera. Nada evitaría que el senador la amenazara una y otra vez con sacar a la luz su pasado en Hong Kong.

Por un momento, pensó en acudir a la policía. Podía denunciarlo y quizá tenderían una operación encubierta para atrapar al Senador *in fraganti*. Pero no lo atraparían a él, sino a Ken Tolleson. El Senador podía negar haber participado en el hecho. Se libraría del problema y no habría nada que le impidiese revelar el pasado de Annie. El sistema judicial habría fallado. Tendría que solucionar el problema ella misma.

Miró la hora. Decidió estudiar sus opciones sin tomar una decisión apresurada. Todo lo que debía hacer era reservar su pasaje. Antes de poder tomar el Amtrak de Nueva York a Washington, tenía que llegar a Nueva York. Llevar un millón de dólares en efectivo al aeropuerto de Miami era demasiado arriesgado. De modo que reservó dos pasajes en Amtrak, uno de Miami a Nueva York y otro de Nueva York a Washington.

Nunca antes había matado a nadie, pero había presenciado un asesinato durante sus años en Bangkok. Un proxeneta asesinó a otro al clavarle su cuchillo personal varias veces en su garganta. El cuchillo que había utilizado tenía forma de T. La empuñadura era la parte horizontal y la hoja era la parte vertical de la T. Era corto, no tenía mucho más de diez centímetros, pero era muy efectivo. Annie aún no había decidido si lo mataría, pero sería una buena idea comprar un cuchillo, en caso de que decidiese que la opción de asesinarlo era la mejor. No le agradaban las armas, eran demasiado ruidosas.

Investigó en internet y encontró varios lugares en la zona de Miami que vendían cuchillos. Uno de ellos alegaba tener la mayor variedad de cuchillos en el sur de Florida. Decidió que iría allí primero. Miró la hora. Eran más de las 9 pm. Esperaría hasta el día siguiente para ir.

5. De compras

Al día siguiente, Annie se dirigió al banco como de costumbre. Poco después del mediodía, se levantó de su escritorio. Al salir de su oficina, se volvió hacia su asistente: —Jane, saldré a almorzar. Regresaré en un poco más de una hora.

—De acuerdo.

Mientras caminaba hacia el estacionamiento, repasó mentalmente lo que iba a decir. Sabía que resultaría extraño que una mujer asiática bien vestida entrara a una tienda de cuchillos en la zona de Miami mayormente habitada por blancos de la clase trabajadora. El sólo hecho de pensar en ello la inquietaba. La confianza en sí misma que había adquirido a lo largo de los años sería puesta a prueba.

Mientras subía al coche, pensó una vez más en lo que diría. Se marchó del estacionamiento, puso algo de música e intentó relajarse, a pesar de que tenía un nudo en el estómago. Comenzó a sonar *Estoy soñando*, la versión en español de ABBA de *I Have a Dream*. Desde que se había mudado a Miami, Annie había aprendido algo de español, lo suficiente para sobrevivir. Era una agradable incorporación a sus habilidades en idiomas, que incluían tailandés, inglés, chino mandarín y cantonés.

Llegó después de quince minutos. Era un enorme edificio de apariencia descuidada ubicado en una calle lateral justo al lado de la I-95. Al bajar del coche, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la reconociera. No quería tener que explicar qué hacía la presidente de un banco en un lugar como ese.

Tomó el picaporte de la puerta principal y empujó. Parecía estar cubierto de arena. Entró y se sintió en otro mundo, muy diferente del mundo empresarial al que se había acostumbrado. Se acercó al mostrador, que se encontraba a unos diez metros hacia la derecha.

Mientras se acercaba, el sujeto que se encontraba detrás del mostrador, un hombre blanco de mediana edad, desaliñado y rollizo, interrumpió su lectura para observarla. La miró dos veces. Había visto a mujeres asiáticas antes, pero ninguna como ella. Se veía despampanante con su traje rojo, blanco y azul oscuro y sus tacones bajos que hacían ruido con cada paso que daba.

—¿En qué puedo ayudarla?

Annie lo miró directamente a los ojos, que parecían inyectados en sangre.

—Quisiera ver su colección de cuchillos.

—Si está buscando cubiertos, me temo que vino al lugar equivocado. Aquí vendemos cuchillos para cazar y cuchillos para defensa personal.

—Quisiera ver qué puede ofrecerme en la categoría de defensa personal.

El hombre se levantó del taburete, se volvió hacia la derecha y caminó algunos pasos.

—La tienda está repleta de esa clase de cuchillos. ¿Buscaba algún tipo en particular?

—Sí. No sé cómo se llama, pero tiene forma de T.

—Oh, claro, sé a cuál se refiere. Se llaman dagas de empuje. Tengo algunas por aquí.

—Se dirigió hasta un exhibidor repleto de lo que parecían cuchillos y dagas militares y de artes marciales. Tomó un modelo y se lo enseñó. Tenía una empuñadura negra con una hoja de doble filo de un poco menos de diez centímetros de largo.

—Este es nuestro modelo más popular. —Lo sostuvo de modo que la hoja sobresaliese de entre sus dedos. Luego lo tomó por la hoja con la otra mano y se lo entregó a Annie. Lo acarició durante unos segundos, observó sus características y pensó en la última vez en que había visto un cuchillo como ese.

—Lo llevaré.

—Necesitará una funda. —Tomó una y se la enseñó. —Esta servirá. Puedo vendérsela por dos dólares. Por lo general cuestan cinco.

—Está bien. La llevaré. —Annie le sonrió mientras intentaba parecer una joven ingenua, pero era demasiado grande para eso y tenía demasiada experiencia.

—¿Sabe cómo se utiliza un cuchillo como este?

—Sí, lo he visto en películas. —En realidad, nunca había visto a nadie usar uno en una película. Pero recordaba cómo lo habían utilizado en un bar de Bangkok. El proxeneta que recibió su merecido se encontraba a menos de dos metros de Annie cuando alguien clavó el cuchillo en su cuello.

El sujeto continuó hablando como si no hubiese escuchado la respuesta de Annie.

—Este tipo de cuchillos tiene una larga y particular historia. Los apostadores los utilizaban hace cien años. Eran armas ocultas que podían sacar de la manga o del bolsillo. Los militares todavía los utilizan para combate en espacios cerrados. Sólo tiene que tomarlo de este modo —le dijo mientras lo sostuvo una vez más —y actuar como si estuviese golpeando a alguien. Elija el tejido blando, no los huesos. El estómago o la boca del estómago son buenas elecciones. También lo son los riñones o la garganta.

—Muchas gracias. Lo guardaré en mi bolso por el momento.

El sujeto sonrió.

—Espero que nunca necesite usarlo, pero una mujer hermosa como usted necesita protección. ¿Alguna vez pensó en llevar un arma?

—No, en realidad no. —Annie le devolvió la sonrisa.

Se dirigieron a la caja registradora.

—¿Efectivo o tarjeta?

—Efectivo. —Annie buscó dentro del bolso y sacó un billete de cincuenta dólares. Tomó el cambio, guardó el cuchillo en el bolso y lo cerró.

—Muchas gracias señorita. Vuelva pronto.

—Muchas gracias. Quizá regrese.

Annie respiró aliviada mientras salía de la tienda. En realidad no había sido una experiencia desagradable, pero estar allí la había hecho sentir un poco incómoda. Subió al coche y comenzó a conducir de regreso al banco. Pero antes de ello, debía hacer otras dos paradas. No almorzaría, tenía algunas barras energéticas en su escritorio. Comería alguna al regresar.

La próxima parada era la ferretería. Quedaba de camino al banco. No tenía que desviarse. La que buscaba se encontraba en un pequeño centro comercial. Llegó algunos minutos más tarde y estacionó.

Sintió el aroma a madera recién cortada tan pronto como cruzó la puerta de entrada. El sector de maderas se encontraba a su derecha, justo detrás de las cajas registradoras. Observó a un joven hispano que llevaba una camiseta roja con su nombre. Supuso que era un empleado.

—Disculpe, ¿podría decirme dónde puedo encontrar cinta adhesiva?

El joven le hizo una seña con el pulgar.

—En el pasillo tres señorita.

—Muchas gracias. —Annie caminó hacia donde le había indicado. Los tacones bajos de sus zapatos hacían ruido con cada paso que daba. Cualquiera hubiese creído que se encontraba en el lugar incorrecto. Quienes compran en una ferretería por lo general no llevan costosos trajes.

Annie llegó al pasillo tres algunos segundos más tarde y encontró dos estantes repletos de más de una decena de diferentes cintas adhesivas. Eligió un rollo mediano de color gris. Con uno bastaría. Si lo utilizaba, planeaba hacerlo sólo una vez. Se dirigió hacia las cajas, pagó en efectivo y se marchó.

En el centro comercial también había una tienda de pelucas. Podía llegar allí caminando desde la ferretería. No era una tienda lujosa, pero era todo lo que necesitaba. Una peluca barata.

Una regordeta joven hispana de baja estatura la recibió cuando entró. La etiqueta de su nombre decía Mercedes.

—¿Puedo ayudarla?

—Sí. Estaba buscando una peluca rubia de cabello corto.

Mercedes pareció sorprenderse.

—No quiero entrometerme, pero no creo que se vea bien con una peluca rubia. Su cabello luce precioso así como está. Creo que algo corto y negro le sentaría bien. Podría conservar el color que tiene ahora, pero algo más corto la ayudaría a cambiar de estilo. Déjeme mostrarle lo que tengo.

Annie sonrió y miró a lo lejos.

—No, está bien. Realmente quiero una peluca rubia de cabello corto. Es para hacerle una broma a alguien.

El rostro de Mercedes pareció relajarse con el comentario.

—Oh, entiendo. Si es sólo para una broma, una peluca rubia servirá. Entonces supongo que no quiere gastar demasiado, ¿no es cierto?

Annie se volvió hacia ella y sonrió.

—Cuanto más barato, mejor.

—Pase por aquí. —Señaló hacia su izquierda. —Creo que tengo justo lo que está buscando. —Se dirigió hasta una de las vitrinas y tomó una peluca rubia, de cabello corto y despeinado. —A este modelo le llamamos “Zorra latina”. A ninguna mujer cubana decente se le ocurriría utilizar esta peluca. Si quiere lucir vulgar, le sugiero usar grandes pendientes de aro, una falda corta, zapatos de plataforma y mucho maquillaje.

—Bueno, quizá eso sea demasiado, pero gracias por el consejo.

—Sí, supongo que tiene razón. Puede que esa combinación sea demasiado para una mujer china. ¿Es usted china?

—Algo así.

Annie tomó la peluca y la examinó atentamente.

—La llevaré.

Caminaron hasta la caja registradora. Annie sacó rápidamente un billete de cincuenta dólares y recibió mucho cambio.

Su día de compras había terminado. No sabía si iba a utilizar alguno de los artículos que había comprado, pero al menos los tenía. Por si acaso.

Subió al coche y encendió el motor. Quería escuchar música relajante, de modo que encendió la radio. Estaba sonando la canción de Lydia Canaan, *Nunca te dejaré libre*. El título era apropiado, dado que si aceptaba pagarle al senador Garrett, era poco probable que la dejara libre.

Mientras subía a la I-95, recordó un fragmento de un libro que había leído en Wharton: “Planea tu trabajo, trabaja tu plan”. Annie había seguido ese consejo a lo largo de su carrera. Constituyó un factor principal en su rápido camino por el escalafón empresarial, primero en Nueva York, luego en Miami. El problema era que esta vez no tenía un plan. Tenía dos planes a la mitad, darle el dinero o asesinarlo. Había comprado el cuchillo. Ello la llevaba un paso más cerca de completar uno de sus posibles planes. Al día siguiente, sacaría el millón de dólares del banco. Creía haber encontrado el modo de hacerlo. Estaba avanzando con los dos planes, a pesar de que aún no había decidido los detalles para la opción del asesinato o si elegiría esa opción. Tenía algunos días para decidirlo, pero tendría que tomar una decisión antes del jueves siguiente.

6. Jueves

Jueves. El tiempo se había agotado. Annie debía decidir qué plan llevaría a cabo. Tenía el efectivo y tenía la daga de empuje. Entregarle el dinero al senador Garrett resolvería el problema de la fusión y el problema con el SII desaparecería. Pero no resolvería el potencial problema de la extorsión.

Asesinarlo resolvería la extorsión, pero no el problema del SII o el de la fusión. Creía que sería una buena idea darle primero el dinero y asesinarlo una vez que el problema del SII y el de la fusión estuviesen resueltos. Sin embargo, su instinto le decía que debía matarlo y luego encontrar otro modo de resolver el resto de sus problemas. Decidió escoger la última opción.

El próximo paso era encontrar el modo de llevarla a cabo. Para sentirse completamente segura, también tendría que lidiar con Ken Tolleson, su maldito asistente, que de seguro también sabía sobre su pasado en Hong Kong. Tendría que asesinarlo casi al mismo tiempo que al senador. De otro modo, Tolleson tendría tiempo de advertir a la policía o de revelar su pasado; o de ambas quizá.

Si eliminaba primero al senador, la noticia llegaría a los medios casi de inmediato. Ello alertaría a Ken y sería más difícil asesinarlo. Si asesinaba primero a Ken, también llegaría a los medios, pero podía hacerlo parecer un robo. De ese modo, el senador no sospecharía ni se sentiría amenazado, ya que creía que era invencible.

Annie decidió ir primero por Ken. No sabía dónde vivía, pero no sería difícil averiguarlo. Se puede encontrar cualquier tipo de información en internet. Annie sólo sabía que vivía en Georgetown. Tomó el celular, entró a su buscador preferido, buscó su nombre y aparecieron ocho personas de apellido Tolleson. Sólo una de ellas se llamaba Ken. Tenía una dirección de Georgetown.

Vivía a la vuelta de Filomena, un lujoso restaurante italiano ubicado en Wisconsin Avenue, NW. Había ido allí en una ocasión. Servían buena comida; a precios elevados. En realidad, todos los precios en Georgetown eran elevados. Muchas de las personas que frecuentaban esa parte de la ciudad pagaban sus gastos con dinero de sus compañías, pertenecían al 1 o 2 por ciento de la población con los mejores sueldos o simplemente eran jóvenes que intentaban impresionar a sus novias, de modo que no prestaban mucha atención a los precios.

La estación de metro más cercana era Foggy Bottom. Pero no estaba muy cerca de su destino. Tendría que caminar cerca de quince minutos una vez que se bajara del metro. No sería un problema. Tenía toda la noche.

No había demasiada gente hacia el final de la hora pico. Por lo general, era fácil conseguir un asiento. Una gran diferencia entre el metro de Washington y el de Nueva York era la limpieza. Otra era el ambiente. Los andenes eran luminosos y los techos eran altos y cóncavos. A nadie le preocupaba que lo robasen o que le hurtaran sus pertenencias. Al menos no durante el día. El aroma también era diferente. No había olor a orina en casi ninguna estación.

A pesar de que Annie había vivido en Nueva York y ahora vivía en Miami, había viajado a Washington lo suficiente como para familiarizarse con el metro. Sabía que si debía escapar rápido, no podría depender de ese medio de transporte. Si tenía suerte, no tendría necesidad de salir rápido de allí. La idea de que Tolleson pudiese detenerla o de que pudiese fallar nunca se había cruzado por su mente. Ken era más grande que ella. Como casi todos los hombres. Pero Annie tenía el elemento sorpresa de su lado. Además, durante sus años en Bangkok, había estudiado Muay Thai, una forma de kickboxing. Podría lidiar con él si era necesario.

Annie bajó del metro y comenzó a caminar en dirección a Wisconsin Avenue y M Street. Era sencillo ubicarse en Washington. Cuando se construyó la ciudad en el decenio 1790, Pierre L'Elefant diseñó las calles en una cuadrícula rectangular. Las calles con letras corrían hacia el este y el oeste. Las calles con números corrían hacia

el norte y el sur. Las calles diagonales tenían nombres de estados. Thomas Jefferson le había dado a L'Elefant los diseños de las calles de diferentes ciudades europeas y L'Elefant se basó en ellos cuando dibujó su diseño. Tiempo después, el presidente Washington despidió al diseñador por entrometerse en la construcción de la ciudad.

Annie llegó a Filomena, luego dobló en la calle donde vivía Ken. Caminó por la acera de enfrente. Era una casa adosada. El camino junto al edificio probablemente llevaba a un estacionamiento en la parte trasera. Annie no sabía si Ken conducía hasta el trabajo o tomaba el metro, pero no importaba. De cualquier modo, era probable que entrara por la puerta trasera. Allí lo esperaría. Existía la posibilidad de que ya se encontrara adentro, pero los asistentes de los miembros del Congreso por lo general trabajaban más horas de lo normal. Excepto los viernes y ese día era jueves. Las luces estaban apagadas en los dos pisos de la casa, de modo que al parecer nadie había llegado aún.

Annie no tenía modo de saber cuándo llegaría. Si Ken decidía detenerse en algún restaurante para cenar, podrían pasar horas. No importaba. Annie esperaría el tiempo que fuese necesario. Miró a la izquierda y a la derecha para asegurarse de que nadie estuviese observando, luego cruzó la calle y se dirigió a la parte trasera del edificio. Había cuatro lugares para estacionar y un tupido arbusto. Detrás se encontraba el estacionamiento de la casa de la calle trasera. Se escondería allí hasta que Ken llegase.

Casi cuarenta y cinco minutos más tarde, Annie observó a alguien que caminaba hacia ella desde la calle. Era Ken. Lo observó detenerse para buscar sus llaves. El corazón de Annie comenzó a latir con fuerza mientras deslizaba la mano dentro de su bolsillo.

Ken sintió que algo se movía a su izquierda. Era Annie. Tenía una mirada de furia en su rostro. No. Era una mirada de determinación. Sostenía algo que parecía un cuchillo. Pero no era un cuchillo cualquiera. La hoja sobresalía de entre sus dedos como si fuese parte de su cuerpo. Intentó clavarlo en la garganta de Ken.

Tolleson quiso desviar el cuchillo con el brazo izquierdo, pero no tuvo mucho éxito. Sintió un fuerte dolor cuando la hoja perforó su mejilla y le atravesó la lengua. El espeso líquido que rápidamente inundó su boca no le permitió gritar. Entonces sintió un dolor diferente del lado derecho de su cuello, esta vez como el agujijón de una abeja. Observó con el rabllo del ojo cómo se desangraba.

Luego un dolor lacerante invadió su cuerpo cuando un objeto extraño se hundió profundamente en la boca de su estómago. Sintió cómo arrancaban el objeto casi de inmediato. De pronto, experimentó un dolor en el bajo vientre, luego arrancaron el objeto una vez más. Cuando se volvió para escapar, sintió un dolor punzante en el riñón.

Escuchó su frente chocar contra el hormigón, pero no sintió dolor. Sólo un ruido sordo. Luego algo se clavó en su espalda y perforó su pulmón. Sintió el objeto, pero ya no más dolor, en ningún lugar.

Sintió que alguien lo tomaba del brazo para darlo vuelta. Era Annie. Observó cómo metía la mano en el bolsillo de su camisa y tomaba su billetera. El rostro de Annie estaba justo frente a él, a pocos centímetros. Lo miraba directo a los ojos. Ken no podía moverse.

Sintió frío. El rostro de Annie se desvaneció.

Annie había intentado ser cuidadosa al clavar el cuchillo repetidamente en el cuerpo de Ken. No quería mancharse con sangre. Pero no había tenido mucho éxito. Sus zapatos estaban salpicados con sangre y también tenía algunas manchas en su camiseta.

Además, parte del guante de látex que tenía en la mano derecha estaba cubierto de sangre.

Sería sencillo deshacerse del guante. Annie se lo quitó de modo que quedara del revés. Lo metió en un bolsillo de su mochila, luego se quitó la camiseta, la invirtió y volvió a ponérsela.

Quitar la sangre de los zapatos sería más difícil. Casi toda estaba sobre las puntas. Las limpió un poco con el pantalón de Ken. Sus pantalones eran lo único que no estaba empapado en sangre. Annie pudo quitar un poco pero no pudo limpiarla toda. Se dirigió hacia la entrada y arrastró las puntas de los zapatos en el pasto y la tierra. Otro éxito a medias. Logró ensuciar sus zapatos lo suficiente como para que la mancha oscura no pareciera sangre.

Diez minutos más tarde, aún le temblaban las manos mientras caminaba por las calles de Georgetown. Asesinar a Ken la había afectado. A pesar de que había presenciado un asesinato antes, nunca había puesto fin a la vida de nadie ella misma.

Respiró profundamente el templado y agradable aire de la noche. Se relajó. Mientras caminaba, recordó los días de su educación budista en Tailandia y de las historias de reencarnación que había escuchado cuando era pequeña. Se preguntó en qué reencarnaría Ken. Quizá en una cucaracha. O una babosa. No merecía nada mejor que eso. Annie sonrió. Una vez más, tenía todo bajo control.

Después de caminar cerca de diez minutos, llegó a un Dunkin' Donuts. Decidió entrar, pero no sólo por una dona y un café. Necesitaba deshacerse de la billetera de Ken. No podía simplemente arrojarla en el primer cesto de basura que viese. Quién recogiese la basura podría verla, tomarla y llevarla a la policía cuando viese a quién pertenecía. Tenía las huellas digitales de Annie. Debía limpiarlas y colocar la billetera en una bolsa antes de tirarla.

Se acercó al mostrador. Sólo esperó unos minutos para su turno.

—¿Qué se le ofrece señorita?

—Quisiera una dona glaseada y un café pequeño con leche.

—¿Para comer aquí o para llevar?

—Para llevar.

Annie puso la mano en el bolsillo y tomó la billetera de Ken. La abrió y vio que tenía cerca de cien dólares. Ken pagaría. Era lo correcto. Era un empleado del gobierno. Ese dinero pertenecía a los contribuyentes. Annie creyó que era una pequeña devolución, una compensación parcial por todos los excesivos impuestos que había tenido que pagar para financiar los antieconómicos programas del gobierno.

Después de pagar, tomó cuidadosamente la bolsa con el pulgar y el dedo índice, asegurándose de no tocarla demasiado; luego se sentó en una de las mesas de afuera. Después de unos minutos de masticar y observar a la gente, se levantó, entró nuevamente y se dirigió al baño de mujeres. Se aseguró de que no hubiese nadie allí. Se encontraba sola.

Sacó la billetera de Ken, tomó el dinero y lo guardó en su bolsillo. Luego caminó hasta el lavamanos, colocó la billetera debajo de la llave y la abrió para que corriera el agua. Tomó una toalla de papel del dispensador, la partió a la mitad y sostuvo una mitad en cada mano. Echó un chorro de jabón en la billetera y la limpió por completo asegurándose de no tocarla. Cuando terminó, la colocó en la bolsa y rompió la punta de la bolsa que tenía sus huellas digitales. Sostuvo la toalla de papel mientras lo hacía para asegurarse de no dejar nuevas huellas en la bolsa. Luego colocó la bolsa en la basura y se marchó.

Necesitaba regresar al hotel para cambiarse. Había planeado hacerlo de cualquier modo. Quería usar un vestido especial para visitar al estimado senador.

7. Una visita al Senador

Cuando regresó al hotel, subió por las escaleras en lugar de usar el ascensor. No quería que nadie viese las manchas de sangre en sus zapatos, aunque para entonces podían confundirse con manchas de tierra. Lo primero que hizo cuando regresó a la habitación fue quitarse la ropa y colocarla junto con el guante de látex en una bolsa plástica que había llevado para ello. Se desharía de ella más tarde. Luego se dirigió al pequeño baño y tomó una ducha, la segunda de ese día. Esta vez sólo para despejar su mente.

Salió unos minutos más tarde, lista para llevar a cabo la segunda parte de su plan. Se puso un sostén negro, unas bragas del mismo color y ropa de calle. No llamaría demasiado la atención con unos jeans y una camiseta. Tomó la peluca rubia de cabello corto que había comprado algunos días antes, metió en ella su larga cabellera negra azabache, se miró al espejo y la acomodó un poco.

Luego se dirigió a los cajones, abrió uno y sacó un vestido especial que había reservado para su visita sorpresa al estimado senador. Era corto, sedoso, escotado y rojo brillante. Lo metió en una mochila junto con un par de zapatos negros de tacones altos. En la mochila ya había guardado la daga de empuje, el rollo de cinta adhesiva, una botella de agua oxigenada y algo que parecía una linterna larga y delgada. La colgó en su espalda, se puso una gorra de béisbol, tomó la maleta con el millón de dólares y la arrastró hasta a puerta. Dos minutos más tarde estaba en la calle una vez más.

El hotel se encontraba a unos veinte minutos de caminata desde el apartamento del Senador. A Annie le gustaba caminar, especialmente en grandes ciudades como Nueva York, Hong Kong y Washington. Sacó de su bolsillo el trozo de papel que el senador le había dado y volvió a mirar la dirección. Cuando llegó a la calle donde vivía, dobló a la izquierda. Unos minutos más tarde divisó el edificio.

Se suponía que el edificio era seguro, pero sus controles de seguridad podían evitarse. El estacionamiento estaba bajo tierra. Cualquiera que quisiese ingresar debía contar con un control remoto especial para abrir la puerta del estacionamiento. Annie permaneció al otro lado de la calle y esperó a que alguien estacionase en la entrada.

No tuvo que esperar demasiado. Unos minutos más tarde, un coche oscuro último modelo se dirigía a la puerta del estacionamiento, que ya había comenzado a abrirse. Annie se puso un par de anteojos de sol que llevaba en su bolsillo, bajó el ala de la gorra de béisbol para ocultar parcialmente su rostro en caso de que hubiese una cámara allí y cruzó la calle con paso enérgico, intentando no ser demasiado obvia. Esperó a que el coche se alejara dentro del estacionamiento, luego ingresó al edificio antes de que la puerta se cerrase.

Una vez adentro, observó el lugar para evaluar sus opciones. Al otro lado del edificio pudo ver un ascensor y unas escaleras. Esperó a que los dos sujetos que habían ingresado subieran al ascensor. Cuando la puerta se cerró, comenzó a caminar en esa dirección, mirando hacia ambos lados para asegurarse de que estuviese sola. No había nadie más allí.

Se mantuvo agachada mientras subía al ascensor. Si había una cámara allí, no podrían ver más que a alguien de cabello corto rubio, con una gorra y anteojos de sol. El apartamento del senador era el 2007, en el piso veinte. Annie subió hasta el piso veintidós con el ascensor y luego bajó hasta el piso veinte por las escaleras.

Miró alrededor y divisó el cuarto de lavado. Si tenía suerte, no habría nadie allí. Era un día de semana cerca de las ocho de la noche. Alguien podría estar lavando su ropa. Algunas personas simplemente dejan las máquinas encendidas, regresan a sus apartamentos y vuelven para cuando el lavado ha terminado. Otras se sientan y leen un libro mientras esperan. Annie no sabía con qué se encontraría cuando abriese la puerta.

No había nadie allí, pero podía escuchar a algunas de las máquinas funcionando. Tendría que ser rápida, antes de que el dueño de la ropa regresase. Se quitó la mochila, la abrió y sacó rápidamente el vestido rojo y los zapatos. Se quitó la peluca y la ropa tan rápido como pudo, metió todo en la mochila y se puso el vestido y los zapatos. Era realmente corto, casi treinta centímetros por encima de sus rodillas.

Todo le llevó menos de un minuto. Sacó su espejo, se arregló el maquillaje, tomó la maleta con el millón de dólares y salió del cuarto.

El apartamento del senador estaba al final del pasillo, a la izquierda. Cuando llegó a la puerta respiró profundamente, se acomodó los senos y su larga cabellera negra. No quería dejar ninguna huella ni ADN en el timbre, de modo que tomó un pañuelo de su mochila, se envolvió el dedo índice derecho y tocó el botón con cuidado. Luego deslizó el pañuelo dentro de uno de los bolsillos de la mochila.

Escuchó que alguien caminaba hacia la puerta. Luego los pasos se detuvieron. Annie miró por el ojo de la cerradura. El rayo de luz que entraba por allí hacía unos segundos se había apagado. Quienquiera que estuviese al otro lado de la puerta la estaba observando.

Se preguntó si sería el senador y si se encontraría solo. No había llamado antes para asegurarse de que no hubiese nadie más allí. No era su intención hacerlo. Quería sorprenderlo y no quería que le dijese a nadie que iría a visitarlo.

Annie escuchó el ruido de la cerradura. La puerta se abrió lentamente. Era el senador Garrett.

Cuando la vio, sonrió.

—¿Annie? Que agradable sorpresa. ¿Qué haces aquí?

Echó un vistazo a sus senos, que Annie exhibía con estilo. La mirada de Garrett se movió lentamente hacia sus piernas, luego de nuevo a sus ojos; eran deslumbrantes. Su apariencia había generado reacciones similares en cientos de hombres en el pasado, tanto clientes como extraños. A pesar de que Annie disfrutaba la atención que generaba, nunca se había sentido realmente cómoda con ella. La trataban como a un pedazo de carne, que podían comprar por hora o por noche. Jack era la única persona que la había tratado como a un ser humano.

Annie también le sonrió y con un gesto sensual le dijo:

—Sé que podría simplemente darte el dinero, pero también quiero tener sexo contigo. Me atraen los hombres apuestos y poderosos.

Los ojos del senador se abrieron mostrando su sorpresa.

Abrió por completo la puerta.

—Pasa. Me alegra que hayas venido.

Annie entró al apartamento, llevando la maleta con el millón de dólares.

En un momento de duda, Garrett le preguntó:

—¿Estás usando un micrófono? ¿Es una operación encubierta?

—¿Qué intenta decirme, Senador? —respondió Annie, en parte bromeando—. Suenan algo paranoico. —Llevó el brazo hacia atrás y bajó el cierre del vestido, que se deslizó por su suave cuerpo hasta el piso, dejando al descubierto su sostén y bragas negras.

—¿Te gustaría ver si llevo un micrófono en el sostén? —Annie se lo quitó y lo arrojó al sofá.

Garrett miró sus senos, concentrándose en sus pequeños y erectos pezones marrones. Bajó la mirada. Tenía un bello abdomen plano. Sus caderas eran pequeñas pero aun así sus curvas eran pronunciadas. El Senador señaló la mochila.

—¿Qué tienes allí?

Annie sonrió y lo miró directo a los ojos.

—Una muda de ropa. En caso de que quieras invitarme a dormir.

Garrett mordió el anzuelo. No sintió la necesidad de revisarla. No había mucho más para revisar, excepto sus partes íntimas, y planeaba examinarlas en unos minutos.

Annie se había ganado su confianza. Mientras observaba cómo la miraba, recordó algo que había dicho una vez Robin Williams: “Dios le dio al hombre dos cabezas, pero sólo sangre suficiente para que funcione una a la vez”.

Era demasiado sencillo seducir a un hombre. Lo había hecho cientos de veces. El senador no era diferente a los otros. Quizá incluso había sido más sencillo. No ofreció ninguna resistencia.

El senador permaneció frente a ella, boquiabierto. Por un momento, no supo qué decir.

—¿Te-te gustaría una bebida? —tartamudeó.

—No, gracias. No tengo sed. Quizá más tarde. Ahora sólo te quiero dentro de mí.

—Oh, bueno. Está bien.

Annie se acercó a él, colocó las manos detrás de la cabeza de Garrett y le dio un suave y tierno beso, acariciando su nuca mientras lo besaba. Garrett reaccionó de inmediato. Empujó la lengua dentro de su boca y ella respondió del mismo modo.

Unos segundos más tarde, Annie lo apartó.

—Podríamos quedarnos aquí toda la noche. ¿Me muestras tu habitación?

—Claro, por aquí. —La tomó de la mano y mientras se dirigía lentamente hacia la habitación, Annie se detuvo para recoger su mochila. Garrett lo advirtió y se apartó, desconfiado.

—No te preocupes. Son sólo cosas de mujeres.

Eso pareció calmarlo. Cuando entraron a la habitación, Annie dejó la mochila junto a la cama.

—¿Es ese el baño? —dijo señalando la puerta al otro lado de la habitación.

—Sí.

—No te muevas. Volveré enseguida. —Sacó su bolso de la mochila. —Regresaré en un minuto.

Annie entró al baño y cerró la puerta, asegurándose de no tocar nada. Garrett aprovechó la oportunidad de revisar rápidamente su mochila. La abrió y miró adentro. Jeans, una camiseta, zapatillas. Miró un poco más y vio la peluca rubia y los anteojos de sol. Extraño, pensó. Se preguntó por qué tenía una peluca rubia. Su largo cabello negro azabache era precioso. No le sentaría bien el rubio. Tocó algo que parecía una linterna larga y delgada, luego encontró la enorme botella de agua oxigenada. Una vez más pensó... que extraño. ¿Para qué querría llevar con ella una botella de agua oxigenada tan grande? En realidad, se preguntó para qué querría llevar agua oxigenada.

Garrett no estaba pensando con claridad debido a la situación en la que se encontraba. En ocasiones las mujeres utilizaban agua oxigenada, pero no entendía para qué exactamente. Dejó de pensar en ello y observó la cama mientras pensaba en los placeres que le esperaban cuando Annie saliese del baño. Sabía que había sido una dama de compañía de alto nivel. De seguro habría adquirido mucha experiencia y él estaba a punto de sacar provecho de ello.

Escuchó correr el agua del inodoro. Sería mejor que se alejara de la mochila o Annie podría verlo allí y sospechar que había estado revisando sus cosas.

Salió del baño con un corto negligé negro de encaje. Observó cómo la miraba Garrett.

—Ahora es tu turno. —Annie se acercó, lo miró a los ojos y acarició su cuello.

—No quiero sonar quejosa ni mucho menos, pero tu aliento huele a cigarrillos. ¿Podrías cepillarte los dientes, hacer gárgaras o algo? Quiero que esta noche sea perfecta.

Garrett parecía algo avergonzado por la crítica.

—Claro. También quiero que esta noche sea perfecta.

Cuando Garrett entró al baño y cerró la puerta, Annie entró en acción. Se apresuró sobre su mochila y sacó la daga de empuje y el objeto tubular de acero inoxidable que parecía una linterna larga y delgada. Luego se acercó a la cama y apartó las sábanas.

Era una cama matrimonial. No sabía qué lado prefería Garrett, de modo que colocó el cuchillo y el delgado tubo debajo de la almohada del lado derecho, pero cerca del medio de la cama.

Para cuando Garrett terminó de cepillarse los dientes y salió del baño, Annie ya se encontraba bajo las sábanas, esperándolo. Su cabeza estaba apoyada sobre la almohada que escondía el cuchillo y el tubo.

Cuando el senador salió del baño, observó que Annie ya estaba en la cama. Su largo cabello negro cubría la almohada casi por completo.

—Tiene demasiada ropa, Senador. Quítesela.

Obedeció de inmediato y arrojó la ropa al piso, prenda por prenda. Annie intentó esconder su expresión de desagrado mientras miraba su hinchado cuerpo desnudo. Ya había tenido que besar a ese cerdo. Ahora tenía que soportar su cuerpo desnudo junto al de ella. Había estado con hombres como él antes, pero por lo general no eran tan desagradables. Jack, el único hombre con quien quería estar, no podía mantener una relación con ella. Era el único que se había interesado por algo más que sólo su cuerpo.

Cuando terminó de desvestirse, el senador se metió debajo de las sábanas junto a Annie. Sostuvo el botón de su negligé con el pulgar y el dedo índice.

—Ahora eres *tú* quien lleva demasiada ropa.

Annie se rio.

—Me la quitaré en un minuto. O quizá deje que *tú* me la quites.

Garrett subió encima de Annie y comenzó a besarla. Annie también lo besó y abrió las piernas para hacerlo sentir a gusto. Las apoyó sobre la espalda de Garrett y cambió de posición para quedar encima de él. Cuando se inclinó hacia adelante para besarlo, buscó bajo la almohada y tomó el tubo de acero inoxidable. En realidad, el tubo funcionaba como una linterna. Estaba diseñado para que pareciera una. Pero su función principal era enviar 1,5 millones de voltios a cualquier desafortunado que tocara su extremo.

Annie saltó de encima del senador, quitó rápidamente la parte de la linterna del tubo, presionó el botón rojo del otro extremo y se lo colocó en las costillas. El senador podía sentir cómo la electricidad recorría todo su cuerpo. Sus músculos comenzaron a contraerse de modo incontrolable. Annie sostuvo el tubo contra sus costillas durante algunos segundos para asegurarse de que quedase inmovilizado por completo antes de quitarlo.

El senador continuó temblando mientras Annie se dirigía con paso enérgico a su mochila para tomar la cinta adhesiva y los guantes de látex que la aguardaban en el bolsillo lateral. No sabía cuánto tiempo permanecería inmovilizado, de modo que debía actuar rápido.

Se colocó los guantes, tomó la cinta adhesiva y comenzó a encintarle la muñeca derecha. Luego la mano. Caminó hasta la cabecera de la cama y ató la mano al pilar con la cinta adhesiva. Había visto a alguien hacerlo una vez en una película. Continuó envolviéndolo hasta que la cinta entre la mano y el pilar comenzó a parecer una cuerda. Ello la reforzó, lo que haría que al senador le fuese casi imposible romperla en caso de que quisiese soltarse. Algo que de seguro intentaría cuando Annie comenzase a hacer lo que había planeado.

Atarlo al pilar de la cama le había llevado demasiado tiempo. El senador había comenzado a recuperarse, de modo que Annie tomó el tubo y realizó una nueva descarga en sus costillas. Con frialdad, prolongó la descarga hasta contar hasta cinco. Luego caminó al otro lado de la cama, le encintó la mano izquierda y la muñeca y lo aseguró al otro pilar de la cama. Hizo lo mismo con sus pies y tobillos, haciendo girar el rollo de cinta para que pareciera más una cuerda. Para cuando Garrett se recuperó, estaba totalmente incapacitado. Sus brazos y piernas estaban totalmente extendidos.

Se encontraba desnudo por completo.

—¿Qué vas a hacer conmigo? Hablemos. Podemos solucionarlo.

Annie lo miró y advirtió el pánico en su rostro.

—Cállate. Hablarás cuando te dé permiso de hacerlo.

Garrett comenzó a lloriquear. El poder que ejercía como senador se había evaporado en cuestión de minutos. Ahora era tan solo un hombre y ni siquiera contaba con la suficiente hombría.

Annie salió de la habitación y se dirigió a la sala de estar. Cuando regresó unos segundos más tarde, el senador pudo escuchar el sonido de la televisión antes de que cerrase la puerta. Annie se acercó al televisor al otro lado de la habitación y lo encendió.

—Es algo tarde. No queremos molestar a los vecinos con tus gritos.

El senador entró en pánico. Se veía en sus ojos y se percibía en su voz.

—¿Por qué haces esto? ¿No entiendes que puedo ayudarte? Tengo recursos. Casi ilimitados.

Annie lo miró con asco.

—¿Dónde están ahora, Senador? Ni siquiera puedes ayudarte a ti mismo. ¿Cómo esperas que crea que puedes ayudarme a mí?

Caminó hacia la cama y se inclinó sobre él. Sus rostros quedaron separados sólo por unos centímetros. Su larga cabellera negra rozaba su mejilla. Estaba tan cerca que podía besarlo. A esa distancia, Garrett podía sentir su perfume y el aroma de su maquillaje. Annie deslizó la mano derecha por debajo de la almohada y tomó el cuchillo, sujetándolo de modo que la hoja sobresaliese de entre su dedo medio y su anular.

Cuando se alejó de él, Garrett pudo verlo en su mano.

—¿Qué harás con eso? ¿No sabes que no puedes salirte con la tuya?

—Ya lo hice, Senador. Amenazaste con destruir mi vida. Ahora destruiré la tuya.

Se sentó en el borde de la cama y acarició la sien de Garrett con la hoja del cuchillo.

—Sabe, Senador, me ha causado muchos problemas. Hizo revocar mi pasaporte. Podría perder mi trabajo. Pero sabía eso cuando lo revocó, ¿no es cierto?

Garrett asintió enérgicamente.

—Sí, pero no quise hacerte daño. Sólo quería llamar tu atención. Puedo solucionar todo con un llamado.

—Oh, puedes, ¿no es así? ¿A quién llamarías?

Garrett dudó. La miró a los ojos, luego desvió la mirada.

—No puedo decirte. No puedo decirte.

—Claro que puede, Senador. Y lo hará. Es sólo cuestión de tiempo.

Se levantó y caminó hasta el pie de la cama. Se inclinó hacia adelante y se apoyó sobre su codo izquierdo. El senador no podía ver qué estaba haciendo porque sus ataduras estaban demasiado ajustadas, pero sintió el peso de Annie cuando la cama se hundió un poco. Luego sintió algo afilado contra su escroto, justo debajo de sus testículos.

—Senador, sé que muchos hombres de su edad tienen problemas de próstata. Quizá debería hacerle una biopsia y enviarla al laboratorio.

—No. No lo hagas. ¿No podemos llegar a un acuerdo?

—O quizá simplemente debería cortártelo y enviárselo a tu esposa —continuó Annie como si no hubiese escuchado una palabra—. ¿Sabe que querías meterlo dentro de mí?

—No. Por favor, piensa. Hay tanto que puedo hacer por ti. ¿Quieres esas sucursales en Florida y Georgia? Las tienes. ¿Quieres la fusión en Europa? La tienes. Sólo déjame ir.

—Oh, Senador. En realidad no esperas que te crea que me ayudarías ahora, ¿o sí?

—¡Pero lo haré! ¡Lo haré!

—Senador, dejemos algo en claro. Ninguna promesa me hará cambiar de opinión. Sé que si te dejo ir, harás que me arresten o que me asesinen. No me agrada ninguna de las dos opciones. De modo que he decidido matarte. En defensa propia.

—¿Qué ocurrirá con tu pasaporte? ¿Y con tu trabajo?

—Me encargaré de ello más tarde, Senador. Por ahora, sólo deberías preocuparte por ti y por todo el dolor que experimentarás en los próximos segundos.

Annie se levantó y caminó hasta la cabecera de la cama.

—¿Sabe, Senador? Hasta esta mañana, no había decidido si iba a matarlo o a darle el dinero. En realidad había pensado en darle el millón de dólares.

—No tienes que darme el millón de dólares. Quédatelo. Sólo déjame ir.

—Oh, si tan solo fuese tan sencillo, Senador. Me ha obligado a cometer un delito. Robar un millón de dólares es un delito, ¿sabe? Y no nos olvidemos de Ken.

—¿Qué ocurre con Ken? ¿Qué le has hecho?

Annie lo miró a los ojos.

—Tuve que matarlo. Sólo para estar segura. Supuse que él también estaba al tanto de mi pasado en Hong Kong, ya que a grandes amigos como ustedes les gusta compartir ese tipo de historias. De hecho, probablemente fue Ken quien te contó sobre mí y no al revés, ya que tienes a tus asistentes para ese tipo de investigaciones. ¿No es cierto, Senador?

—Sí. Fue Ken quien me contó sobre tu pasado.

—¿Alguien más en tu oficina sabe sobre eso?

—¿Por qué? ¿También vas a matarlos?

—Oh, Senador, está pensando demasiado. De lo único que debe preocuparse es de lo que voy a hacerle a usted.

—Regresemos a mi pregunta anterior. ¿Recuerda cuál era? Le pregunté algo justo antes de ofrecermelo a hacer una biopsia de su próstata.

—Sí. Mi contacto en el SII.

—Bueno, Senador. ¿Cuál es su nombre?

—Es Mike Richards.

—¿Y qué hace este Mike Richards? ¿Cuál es su cargo?

—Es comisionado adjunto.

—Oh, ese es un cargo muy importante, Senador. ¿Cómo logró que revocara mi pasaporte? ¿También tiene información sobre él?

—No. No se trata de eso.

—¿Entonces de qué se trata?

—A veces me hace favores a mí y a veces hago favores para él.

—¿Qué clase de favores le haces?

—A veces le doy información.

—¿Qué clase de información?

—Como ya sabes, soy Presidente del Comité Bancario del Senado. También formo parte de otros importantes comités, además de un subcomité antimonopolio. En ocasiones, obtengo información sobre fusiones pendientes. Información que no está disponible para el público en general.

—¿Te refieres a información privilegiada?

—Sí, a veces negocio con esa información. La brindo a personas a cambio de favores.

—Como revocar un pasaporte de cuando en cuando a cambio de un millón de dólares.

—Sí.

—¿Realiza estos negocios con frecuencia, Senador?

—No demasiado.

—¿Cuánto es demasiado?

—Bueno, en el caso de Mike, sólo un par de veces por año.

—¿Y qué hace Mike con esa información?

—Compra acciones de cualquier compañía que esté a punto de ser adquirida de manera hostil. O de manera amistosa. No importa de qué manera sea, el precio de las acciones se disparará tan pronto como la información sobre la fusión se haga pública.

—Entonces tú y Mike se dedican al mismo tráfico de información por el que otras personas terminan siendo arrestadas.

El senador no dijo nada, pero miró el cuchillo que Annie sostenía.

Annie dejó escapar un suspiro.

—Bueno, Senador. Es hora de ir a la próxima pregunta. ¿Dónde vive Mike?

—¿Qué? ¿Qué quieres hacer con él? Es intocable.

Annie sonrió.

—¿Intocable como usted, Senador?

Comenzó a caminar por la habitación. Observó los muebles y las obras de arte en las paredes.

—Estas pinturas parecen costosas, Senador. ¿Cómo las consiguió?

—Fueron obsequios.

—¿Obsequios? ¿De ciudadanos satisfechos o de personas que tuvo que sobornar?

—Un poco de las dos.

—Oh, Senador. Me decepciona. Está abusando de su poder. ¿No es una de sus tareas como funcionario del gobierno proteger los derechos de propiedad?

Garrett sólo la miró mientras caminaba de un lado a otro y observaba su colección.

—En lugar de proteger los derechos, utiliza su cargo para violarlos.

—Bueno, Senador. ¿Va a decirme dónde vive Mike? ¿O tendré que hacerle una biopsia?

—No sé con exactitud dónde vive. Es en algún lugar de Falls Church.

Annie se volvió para mirarlo.

—Bueno, supongo que eso bastará por ahora.

—¿Qué harás con esa información? ¿Vas a asesinarlo? Nunca recuperarás tu pasaporte si lo asesinas.

Annie sonrió.

—Quizá. Ya veremos. —Continuó moviéndose de un lado a otro. —¿Qué más hace Mike por usted? Además de revocar pasaportes.

—Las últimas dos veces que estuve en campaña para ser reelecto, sus contactos auditaron a mi rival.

—Mmm. Interesante. ¿Y qué encontraron?

—No mucho. Pero mi último rival no declaró algunos ingresos. Cuando esa información llegó a las noticias de la tarde, probablemente le costó algunos votos, que era todo lo que yo necesitaba para ganar la reelección.

—Debe de estar muy orgulloso, Senador.

Garrett permaneció en silencio. Annie miró la hora.

—Se está haciendo tarde, Senador. Es hora de comenzar con lo que he planeado.

—No. Espera. ¿No podemos...?

Annie le colocó cinta adhesiva en la boca antes de que pudiese terminar la oración.

Recordó lo que le había dicho el sujeto de la tienda de cuchillos. Buscar las partes blandas. Pero no quería apuñalarlo en la arteria carótida. Ello lo haría sangrar demasiado y quería minimizar la suciedad. No quería que la sangre le salpicara la cara y el cabello.

Recordaba haber visto médicos en televisión perforar la piel debajo de la nuez de Adán para insertar un tubo que le permitiese al paciente respirar y para evitar que las personas tuviesen problemas respiratorios, en ocasiones se les colocaba un tubo en ese mismo lugar. Annie no sabía mucho de anatomía, pero supuso que habría menos sangrado si lo apuñalaba en el mismo lugar que los médicos lo hacían en televisión.

El Senador observó el rostro de Annie. Algo había cambiado. Sus ojos estaban abiertos, pero parecía que su mente estaba en otro lugar. Estaba asustada pero decidida.

La observó subirse sobre él. Sintió cómo se hundía la cama mientras Annie se inclinaba hacia adelante y lo miraba a los ojos.

Sintió algo frío en su garganta, algo afilado. Estaba penetrando su garganta, lentamente, con precisión quirúrgica, justo debajo de la nuez de Adán. Annie lo miraba fijamente, con odio y miedo en sus ojos. Sintió cómo el objeto afilado se deslizaba a través de su tráquea. Le faltaba el aliento. Respiraba con dificultad y de modo incontrolable. Pudo sentir líquido en su garganta. Era como agua que se había ido por el lugar equivocado. Sólo que no era agua. Era su propia sangre.

Observó a Annie bajar de la cama. Cubrió su cuerpo desnudo con la sábana hasta sus hombros. Observó el cuchillo en su mano mientras se lo introducía con todas sus fuerzas en la boca del estómago. Era afilado. La puñalada fue profunda, pero no podía gritar. Ya no tenía aire en los pulmones.

Sintió un ligero dolor cuando Annie arrancó el cuchillo de la boca del estómago. Luego un fuerte dolor cuando se lo clavó en el abdomen. Annie estaba gritando algo pero no podía entender lo que le estaba diciendo. Sólo podía concentrarse en su respiración y en su abdomen. Annie volvió a arrancar el cuchillo, luego lo introdujo ligeramente inclinado, justo debajo de sus testículos y en su próstata. Fue el dolor más agudo que había sentido en su vida. Sintió cómo Annie giraba el cuchillo y el dolor se volvió insoportable. Su cuerpo se puso rígido. Pero no podía gritar. Se le había agotado el aire. Luego todo se volvió negro y el dolor se detuvo.

Annie no dejaba de temblar. Incluso sus labios temblaban. Su plan había funcionado. A pesar de que había logrado que sangrara profusamente, sólo tenía sangre en la mano con la que había sostenido el cuchillo. Cubrir el cuerpo de Garrett con la sábana había evitado que la sangre la manchara demasiado.

Bajó de la cama y caminó con calma hasta el baño. Se aseguró de no dejar rastros de ADN. La primera vez que había entrado al baño, poco después de llegar, sólo había permanecido parada allí, asegurándose de no tocar nada. Tiró de la cadena utilizando una toalla para tocar la palanca. Sólo quería que el senador Garrett escuchara correr el agua para que creyera que se estaba preparando.

Ahora debía limpiar la sangre, de modo que tomó la misma toalla y la utilizó para abrir la llave del agua. Enjuagó el cuchillo y los guantes de látex. Luego se acercó a su mochila, se quitó los guantes, los colocó en una bolsa plástica y se colocó un nuevo par. Tomó la botella de agua oxigenada y humedeció un poco la toalla. Se dirigió a la cama, le quitó al senador la cinta adhesiva de la boca y le limpió los labios rigurosamente. Tenían un poco de su lápiz labial y probablemente también su ADN. Le sostuvo la nariz con el pulgar y el índice izquierdos, inclinó su cabeza hacia atrás y vertió un poco de agua oxigenada en su boca, en especial en la lengua, que de seguro tendría algo de su ADN.

Levantó su cabeza y vertió agua oxigenada en las partes que podría haber acariciado, luego vertió una buena cantidad sobre su rostro y su cuello. Annie levantó las sábanas y cubrió su pecho y brazos con el peróxido. Se aseguró de verterlo sobre sus manos y especialmente debajo de sus uñas. Cada parte de su cuerpo que pudo haberla tocado recibió una buena dosis de peróxido.

Se puso su ropa de calle, colocó el vestido rojo y los tacones en la mochila, luego puso un poco más de peróxido en la toalla. Limpió el piso en los lugares donde pudo haber

pisado descalza. Luego tiró la toalla y el cuchillo en una bolsa plástica que había llevado para ello. Caminó hasta la puerta y tomó la maleta con el millón de dólares mientras salía. Lo devolvería al banco el lunes. Era una prostituta, pero no una ladrona. Valoraba mucho los derechos de propiedad. El dinero no le pertenecía. Pertenecía a los clientes de su banco. Encontraría el modo de resolver su problema con el SII más tarde.

Subió hasta el piso veintidós, tomó el ascensor y se dirigió al estacionamiento que estaba ubicado en el sótano. Esperó en un rincón oscuro hasta que la puerta del estacionamiento se abriera, luego se escapó una vez que el coche que la había abierto se perdió de vista.

Mientras caminaba de regreso hacia la habitación del hotel, comenzó a recordar lo que había ocurrido durante las últimas horas. Reflexionó sobre sus actos. Durante sus estudios en la Universidad de Pensilvania, había tomado una clase de filosofía política. Había sido la clase que la llevó a tener un pensamiento occidental. Realmente le encantaban algunas de las cosas que los Padres Fundadores de Estados Unidos habían dicho sobre las relaciones entre los ciudadanos y el estado. Conceptos como esos eran casi extraños en Asia. La filosofía política estadounidense era especialmente única, incluso mejor que otras occidentales.

Una de las preguntas de la clase era “por qué el asesinato de los líderes políticos se convierte en uno moralmente justificable”. Matar a los Hitlers, Stalins y Pol Pots del mundo es fácil de justificar. Es necesario eliminar a los tiranos con instintos asesinos. ¿Pero qué ocurre si nuestros líderes son tiranos insignificantes, simplemente idiotas o quizás corruptos que no se encuentran al nivel de Hitler, Stalin o Pol Pot? ¿Cuánto daño debemos permitirles provocar? ¿Cuántos de nuestros derechos podemos permitir que nos quiten antes de que matarlos se convierta en un homicidio justificable?

Annie repasó en su mente las conversaciones que había tenido con el senador Garrett. Las cosas que él había hecho. Las amenazas. Llegó a la conclusión de que había hecho lo correcto. El sistema judicial había fallado. Matarlo no constituía un homicidio. Les había hecho un favor a *todos* los estadounidenses al matarlo.

Mientras doblaba en la esquina, recordó algo que alguien había dicho una vez en una película. “Existen tres tipos de personas en este mundo: ovejas, lobos y perros pastores”. Reflexionó sobre lo que había hecho y llegó a la conclusión de que ella era un perro pastor, alguien que protege a los débiles de los depredadores. Quizá ese era su propósito en la vida. Proteger a las personas que no podían protegerse a sí mismas.

FIN
(o quizá sea sólo el comienzo)

NOTA PARA EL LECTOR: Si crees que los políticos corruptos como el senador Garrett merecen ser asesinados más de una vez, descubre cómo otra persona lo asesina de un modo diferente en *Homicidio justificado: un thriller político*.

<http://robertwmcgee.com>

NOTA 2: si te gusto esta historia, escribe una crítica en Amazon y en Goodreads.

Agradecimientos

Quisiera agradecer a Tammy Barley, Yaz Hernandez, Véronique Rabus y Joelle Maximilien-Miller por los valiosos comentarios que hicieron sobre el primer borrador de este manuscrito, a Jimena Carla Carbonaro por traducir el libro al español y a Yhen Ricaplaza por permitirme utilizar su fotografía en la portada.

Sobre El Autor

Antes de convertirse en novelista, Robert W. McGee ya era profesor, abogado, contador público certificado y consultor. Ha publicado 58 libros no literarios y ha dictado clases y trabajado en más de 30 países. Algunos de sus clientes fueron la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, el Banco Mundial, el Banco Africano de Desarrollo y la Agencia Central de Inteligencia. Obtuvo 13 doctorados de universidades en Estados Unidos y en cuatro países europeos. Ha ganado 18 medallas de oro, 10 medallas de plata y 2 medallas de bronce en los torneos del Campeonato Nacional de Taekwondo de Estados Unidos y 3 medallas de plata en Campeonatos Mundiales. Durante varios años obtuvo el segundo puesto mundial en el estilo Songahm de Taekwondo. Pasa la mayor parte del tiempo en Fayetteville, Carolina del Norte, el sudeste asiático y Europa.

Encuentre más información sobre otras obras del autor en

<http://RobertWMcGee.com>